

“Y habló Dios todas estas palabras, diciendo: Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra.” Ella se aseguró que Timoteo fuera criado sabiendo quien era (y todavía es) Dios.

Eunice tampoco permitió que su esposo impusiera la religión de su hijo. En la segunda carta a Timoteo, Pablo escribió: “trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro que en ti también.” Pablo continúa en capítulo 4: “Pero en cuanto a ti, persiste en lo que has aprendido y convencido, sabiendo de quién has aprendido; y como desde la infancia has conocido las Sagradas Escrituras.”

Eunice es un modelo a seguir como para la mujer cristiana contemporánea. No todas tenemos esposos cristianos, no todos vivimos en sociedades cristianas, pero es nuestra obligación dada por Dios, y nuestro honor de enseñar las sagradas escrituras a nuestros hijos, a inculcar en ellos el amor a Dios y sus mandamientos, a vivir vidas que son agradables a Dios. Probablemente, Eunice memorizara las palabras de Moisés, escritas in Deuteronomio 6: “Y amarás a Jehová tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estos mandamientos que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellos estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes.”

¿Y la recompensa de Eunice? No es riqueza, ni poder, ni fama; sino algo mucho más deseable, mucho más eterno: “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos con el Señor para siempre. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.” (1 Tesalonicenses 4: 16-18)



Eunice and Lois

Eunice was a Jewish woman living in Lystra, during the first century AD. She was a Christian woman, taught by her mother, Lois. Eunice was married to a Greek man and had at least one child, a son named Timothy. Eunice’s husband was not a Christian.

Lystra was a Roman colony founded in 6 BC, serving as a market town of Lycaonia in south central modern-day Turkey. Paul preached here on his first missionary journey (Acts 14:6-22). After he healed a lame man, the superstitious citizens immediately assumed that he was Hermes (messenger of Zeus) and Barnabas was Zeus himself (same as the Roman god Jupiter). There was a temple to Zeus near the gates of the city, and a statue of Hermes dedicated to Zeus was found here as well.

This was the city where Eunice was raising her son. She had been well-grounded in the Jewish Scriptures (the Old Testament) by her mother, and started teaching her son when he was still an infant. Lystra was not unlike modern cities with its many diversions and distractions, and most of the population did not recognize Jesus as the Son of God. In fact, most people, just like today, did not recognize God.

Eunice did not give in to public pressure to conform to the rest of society. Knowing from Exodus 20:1-4 what God commanded: “I am the Lord your God, who brought you out of the land of

Egypt, out of the house of slavery. You shall have no other gods before me. You shall not make for yourself a carved image, or any likeness of anything that is in heaven above, or that is in the earth beneath, or that is in the water under the earth,” she made sure Timothy was raised knowing who God was (and is).

Neither did Eunice allow her husband to dictate her son’s religion. In 2 Timothy 1:5, Paul writes: “I have been reminded of your sincere faith, which first lived in your grandmother Lois and in your mother Eunice and, I am persuaded, now lives in you also.” Paul continues in 2 Timothy 4:14-15a: “But as for you, continue in what you have learned and have become convinced of, because you know those from whom you learned it, and how from infancy you have known the holy Scriptures.”

Eunice is a role model for the contemporary Christian woman. Not all of us have Christian husbands, not all of us live in Christian societies, but it is our God-given duty and honour to teach our children the holy Scriptures, to instill in them a love of God and His commandments, to live God-pleasing lives ourselves. Eunice would probably have memorized Moses’ words, written in Deuteronomy 6:5-7: “Love the Lord your God with all your heart and with all your soul and with all your strength. These commandments that I give you today are to be upon your hearts. Impress them on your children. Talk about them when you sit at home and when you walk along the road, when you lie down and when you get up.”

And Eunice’s reward? Not riches or power or fame, but something much more desirable, much more eternal: “For the Lord himself will come down from heaven, with a loud command, with the voice of the archangel and with the trumpet call of God, and the dead in Christ will rise first. After that, we who are still alive and are left will be caught up together with them in the clouds to meet the Lord in the air. And so we will be with the Lord forever. Therefore encourage each other with these words” (1 Thessalonians 4:16-18).

Christine Pollex



Nicaragua 2016

Eunice and Loida

Eunice era una mujer judía que vivía en Listra, durante el primer siglo AD. Ella era una mujer cristiana, enseñada por su madre, Loida. Eunice estaba casada con un hombre griego, y tenía por lo menos un hijo, llamado Timoteo. El esposo de Eunice no era cristiano.

Listra era una colonia Romana, fundada en 6AC, sirviendo como mercado del pueblo en la provincia de Lycaonia en el sur central de la Turquía de hoy. Pablo predicó aquí, en su primer viaje misionero (Hechos 14:6-22). Después de sanar a un hombre cojo, los ciudadanos supersticiosos asumieron inmediatamente que Pablo era Mercurio (mensajero del Dios Júpiter) y que Bernabé era Júpiter mismo. Había un templo de Júpiter cerca de los portales de la ciudad; y una estatua de Mercurio dedicada a Júpiter se encontró aquí también.

Esta era la ciudad donde Eunice estaba criando a su hijo. Ella había estado bien fundamentada en las Escrituras Judías (el Antiguo Testamento) por su madre, y comenzó a enseñar a su hijo cuando todavía era un bebé. Listra era como las ciudades de hoy día, moderna, con sus muchas diversiones y distracciones, y la mayoría de la población no reconocía a Jesús como el Hijo de Dios. De hecho, la mayoría de la gente, al igual que hoy, no reconocía a Dios.

Eunice no se rindió a la presión pública para conformarse con el resto de la sociedad. Sabiendo de Éxodo 20: 1-4 lo que Dios mando.